

Tenemos que recordar que la gran tarea de nuestro tiempo va más allá del cambio climático. Debemos mostrar una mayor altura y amplitud de miras. De lo que verdaderamente se trata, si somos sinceros con nosotros mismos, es de transformar todo lo relacionado con el modo en que vivimos en este planeta.

Rebecca Tarbotton,
directora ejecutiva de la Rainforest
Action Network, 1973-2012

Actualmente, nos enfrentamos a una crisis que amenaza nuestra supervivencia como especie y, sin embargo, toda nuestra cultura continúa haciendo justamente aquello que causó la crisis. La economía mundial está elevando su ya de por sí arriesgada apuesta y está pasando de las fuentes convencionales de combustibles fósiles a versiones aún más sucias y peligrosas de las mismas.

Todos nosotros, en general, practicamos una especie de amnesia ecológica intermitente que nos impide pensar en el cambio climático durante mucho tiempo, y lo hacemos por motivos perfectamente racionales: tememos que, si dejamos que nos invada la plena y cruda realidad de esta crisis, todo cambiará. Y no andamos desencaminados. Sabemos que si seguimos la tendencia actual de dejar que las emisiones crezcan año tras año, el cambio climático lo transformará todo en nuestro mundo. Y no tenemos que mover ni un dedo para que ese futuro se haga realidad. Basta con que no cambiemos nada y, simplemente, sigamos haciendo lo que ya hacemos ahora. Lo único que tenemos que hacer es *no* reaccionar como si esta fuera una crisis en toda la extensión de la palabra.

Hay formas de evitar este desalentador futuro o, cuando menos, de hacerlo mucho menos aciago. El problema es que todas ellas implican también cambiarlo todo. Para nosotros, grandes consumidores, implican cambiar cómo vivimos y cómo funcionan nuestras economías, e incluso cambiar las historias que contamos para justificar nuestro lugar en la Tierra.

El cambio climático no ha sido nunca tratado como una crisis por nuestros dirigentes. Es evidente que el hecho de que algo reciba la consideración oficial de crisis depende tanto del poder y de las prioridades de quienes detentan ese poder como de los hechos y los datos empíricos. Pero nosotros no tenemos por qué limitarnos a ser simples espectadores de todo esto: los políticos no son los únicos que tienen el poder de declarar una crisis. Los movimientos de masas de gente corriente también pueden hacerlo. Si un número suficiente de todos nosotros dejamos de mirar para otro lado y decidimos que el cambio climático sea una crisis merecedora de niveles de respuesta equivalentes a los del Plan Marshall, entonces no hay duda de que lo será y de que la clase política tendrá que responder, tanto dedicando recursos a solucionarla como reinterpretando las reglas del libre mercado que tan flexiblemente sabe aplicar cuando son los intereses de las élites los que están en peligro.

El cambio climático (tratado como una emergencia planetaria real) podría convertirse en una fuerza galvanizadora para la humanidad: algo que nos impulsaría no solo hacia una situación de mayor seguridad frente a los nuevos fenómenos meteorológicos extremos, sino también hacia unas sociedades más seguras y más justas en otros muchos sentidos. Los recursos que se necesitan para que abandonemos en breve el consumo de combustibles fósiles y nos preparemos para las duras condiciones meteorológicas que se nos vienen encima podrían sacar de la pobreza a amplios sectores de la población y proporcionar servicios que hoy tristemente faltan, desde agua potable hasta electricidad. Se trata de concebir un futuro que trascienda el objetivo de la mera supervivencia o de la

mera resistencia frente al cambio climático; no basta con que lo «mitiguemos» o con que nos «adaptemos» a él. Es una concepción del futuro que nos invita a que utilicemos colectivamente la crisis para dar un salto hacia una situación mejor que esta otra en la que nos encontramos en estos momentos.

Existen múltiples vías por las que el cambio climático podría devenir en una fuerza catalizadora de una transformación positiva; de hecho, podría devenir en el mejor argumento que los progresistas jamás hayan tenido para reivindicar la reconstrucción y la reactivación de las economías locales, para recuperar nuestras democracias de las garras de la corrosiva influencia de las grandes empresas, para bloquear nuevos (y perjudiciales) acuerdos de libre comercio y reformular los ya existentes, para invertir en infraestructuras públicas como el transporte colectivo y la vivienda asequible, para recobrar la propiedad de servicios esenciales como la electricidad y el agua, para reformar nuestro enfermo sistema agrícola y hacer que sea mucho más sano, para abrir las fronteras a la migración de personas cuyo desplazamiento geográfico está vinculado a las repercusiones climáticas, para que se respeten por fin los derechos de los indígenas sobre sus tierras... Todo esto ayudaría a poner fin a los hoy grotescos niveles de desigualdad existentes dentro de nuestras naciones y entre ellas.

Si se consigue que todas estas diversas conexiones y nexos sean mejor conocidos por un número más amplio de personas, la emergencia misma del cambio climático podría constituir la base de un poderoso movimiento de masas, un movimiento que entrelazaría todos estos problemas en apariencia dispares tejiendo con ellos un relato coherente sobre cómo proteger a la humanidad de los estragos de un sistema económico salvajemente injusto y de un sistema climático desestabilizado.

Sin embargo, si los movimientos de oposición quieren ser algo más que estrellas fugaces, tendrán que propugnar un proyecto bastante integral de lo que debería implantarse en lugar de nuestro deteriorado sistema, así como estrategias políticas serias para alcanzar esos objetivos. Porque también cabe la posibilidad de que en vez de incentivar soluciones motivadoras que tengan probabilidades reales de impedir un calentamiento catastrófico y de protegernos de desastres que, de otro modo, serán inevitables, la crisis sea aprovechada para transferir más recursos si cabe al 1% de privilegiados (*La doctrina del shock*).

El cambio climático representa una oportunidad histórica de gran escala. En el marco de un proyecto dirigido a reducir nuestras emisiones a los niveles recomendados por muchos científicos, tendríamos la posibilidad de promover políticas que mejoren espectacularmente la vida de las personas, que estrechen el hueco que separa a ricos de pobres, que generen un número extraordinario de buenos empleos y que den un nuevo ímpetu a la democracia desde la base hasta la cima. Lejos de consistir en la expresión máxima perfeccionada de la doctrina del *shock* (una fiebre de nuevas apropiaciones indebidas de recursos y de medidas represoras), la sacudida que provoque el cambio climático puede ser un «*shock del pueblo*», una conmoción desde abajo. Puede dispersar el poder entre los muchos, en vez de consolidarlo entre los pocos, y puede expandir radicalmente los activos comunales, en lugar de subastarlos a pedazos. Y si los expertos del *shock* derechista explotan las emergencias (ya sean estas reales o fabricadas) para imponer políticas que nos vuelvan más propensos aún a las crisis, nosotros podemos impulsar transformaciones que harían justamente lo contrario: abordarían la raíz misma de por qué nos estamos enfrentando a todas estas crisis en serie, para empezar, y nos dejarían un clima más habitable que aquel hacia el que nos encaminamos y una economía mucho más justa que aquella en la que nos movemos ahora mismo. Pero ninguna de esas transformaciones será posible si antes no dejamos de mirar para otro lado.

En Copenhague, los gobiernos de los países más contaminantes —Estados Unidos y China entre ellos— firmaron un acuerdo no vinculante por el que se comprometían a impedir que las temperaturas aumentaran más de 2 °C por encima del nivel en el que se encontraban antes de que empezáramos a propulsar nuestras economías con la energía del carbón. Ese conocido objetivo, que supuestamente representa el límite «seguro» del cambio climático, ha sido siempre una elección netamente política

que tiene más que ver con minimizar los trastornos económicos en el sistema actual que con proteger al mayor número posible de personas. De hecho, se trata de un objetivo muy arriesgado para todos nosotros. Hasta la fecha, las temperaturas se han incrementado solamente 0,8 °C y ya hemos empezado a experimentar numerosos y alarmantes efectos. Dejar que las temperaturas se calienten en más del doble de esa cifra tendrá incuestionablemente consecuencias peligrosas. En un informe de 2012, el Banco Mundial expuso la arriesgada apuesta que suponía ese objetivo. «A medida que el calentamiento global se aproxima y supera los 2 °C, se corre el riesgo de provocar puntos de inflexión no lineales.»

Pero el mayor problema —y la razón por la que Copenhague fue motivo de tanta desesperanza— estriba en que, puesto que los gobiernos nacionales no acordaron ningún objetivo vinculante, tienen toda la libertad del mundo para, básicamente, hacer caso omiso de sus compromisos. El Banco Mundial también advirtió en el informe antes mencionado de que «avanzamos hacia un incremento de 4 °C de la temperatura del planeta [antes de que termine el siglo], lo cual provocará olas de calor extremo, disminución de las existencias de alimentos a nivel mundial, pérdida de ecosistemas y biodiversidad, y una elevación potencialmente mortal del nivel de los océanos». Y alertaba de que «no hay, además, seguridad alguna de que sea posible la adaptación a un mundo 4 °C más cálido».

No sabemos a ciencia cierta cómo sería un mundo 4 °C más cálido, pero incluso en el mejor de los casos imaginables, se trataría muy probablemente de un escenario calamitoso. En dicho escenario, cuesta ciertamente imaginar si sería posible sustentar una sociedad pacífica y ordenada (suponiendo que tal cosa haya existido alguna vez).

Mucho más aterrador es el hecho de que un nutrido grupo de analistas opinen que la trayectoria de emisiones que estamos siguiendo actualmente nos dirige hacia un ascenso de la temperatura media mundial superior a esos 4 °C. Lo que vienen a significar, sencillamente, es que el cambio climático se ha convertido en una crisis existencial para la especie humana. Casi todos los científicos del clima están ya convencidos de que el calentamiento global representa un peligro inminente para la civilización.

En las últimas dos décadas se ha producido una verdadera explosión de ingenio en el diseño de mecanismos de residuo cero y en el urbanismo verde. No solo disponemos de las herramientas técnicas para desengancharnos de los combustibles fósiles, sino que tampoco faltan los pequeños enclaves o áreas geográficas donde esos estilos de vida bajos en carbono han sido probados con enorme éxito. Y, aun así, esa transición a gran escala que nos brindaría la oportunidad colectiva de evitar la catástrofe sigue siéndonos esquiva.

Los seres humanos nos hemos mostrado dispuestos muchas veces a sacrificarnos colectivamente para enfrentarnos a mil y una amenazas, y seguimos realizando sacrificios colectivos en nombre de un abstracto bien superior todo el tiempo. En los últimos treinta años hemos vivido un proceso de progresiva reducción de las prestaciones proporcionadas desde el sector público. Todo esto se ha defendido en nombre de la austeridad, el equilibrio presupuestario, el aumento de la eficiencia, el fomento del crecimiento económico... Si las personas somos capaces de sacrificar tantos servicios y ventajas colectivas en aras de la estabilización de un sistema económico que encarece y precariza hasta extremos insospechados la vida cotidiana, seguro que somos capaces también de realizar importantes cambios en nuestro estilo de vida a fin de estabilizar los sistemas físicos de los que depende la vida

misma. Sobre todo, porque muchas de las modificaciones que es necesario introducir para reducir drásticamente las emisiones mejorarían materialmente también la calidad de vida de la mayoría de las personas del planeta.

No hemos hecho las cosas necesarias para reducir las emisiones porque todas esas cosas entran en un conflicto de base con el capitalismo desregulado. Estamos atascados porque las acciones que nos ofrecerían las mejores posibilidades de eludir la catástrofe —y que beneficiarían a la inmensa mayoría de la población humana— son sumamente amenazadoras para una élite minoritaria que mantiene un particular dominio sobre nuestra economía, nuestro proceso político y la mayoría de nuestros principales medios de comunicación. Para gran desgracia colectiva nuestra, la comunidad científica efectuó y presentó su diagnóstico decisivo de la amenaza climática en el momento preciso en que la élite estaba disfrutando de un poder político, cultural e intelectual más ilimitado que nunca desde la década de 1920. De hecho, los gobiernos nacionales y los científicos empezaron a hablar en serio de posibles recortes radicales de las emisiones de gases de efecto invernadero en 1988, justamente el año que marcó el albor de lo que se daría en llamar «globalización».

Cuando los historiadores echen la vista atrás al último cuarto de siglo de negociaciones internacionales, dos serán los procesos definitorios de esta época que destacarán muy especialmente. Por un lado, estará el proceso relacionado con el clima: procediendo dificultoso, a saltos, fracasando por completo en la consecución de sus objetivos. Y, por otro, estará el proceso de globalización de los intereses del gran capital privado, avanzando vertiginoso de victoria en victoria. Ha habido algún que otro contratiempo y revés en el proceso, ciertamente, pero los que nunca han dejado de triunfar en todo este tiempo han sido los fundamentos ideológicos del proyecto en su conjunto, que en ningún momento ha tenido como meta última el comercio transfronterizo de bienes, sino el aprovechamiento de acuerdos de alcance general (y de otra serie de instrumentos) para blindar un marco de políticas globales que otorgue la máxima libertad posible a las grandes empresas multinacionales para producir sus bienes al menor coste y para venderlos con las mínimas regulaciones, pagando así el mínimo de impuestos posibles.

Los tres pilares de las políticas de esta nueva era son bien conocidos por todos nosotros: la privatización del sector público, la desregulación del sector privado y la reducción de la presión fiscal a las empresas, sufragada con recortes en el gasto estatal. Mucho se ha escrito sobre los costes reales de tales políticas: la inestabilidad de los mercados financieros, los excesos de los superricos y la desesperación de los pobres, cada vez más prescindibles para el sistema, así como el deterioro de las infraestructuras y los servicios públicos. Muy poco se ha dicho, sin embargo, de cómo el fundamentalismo del mercado ha saboteado sistemáticamente desde el primer momento nuestra respuesta colectiva al cambio climático, una amenaza que empezó a llamar a nuestra puerta justo cuando esa otra ideología alcanzaba su cenit.

Pero el bloqueo de una acción contundente de respuesta al problema climático no fue el único modo en que el fundamentalismo del mercado contribuyó a ahondar la crisis durante ese periodo. De manera más directa aún, las políticas que tan eficazmente habían liberado a las grandes empresas multinacionales de prácticamente toda traba a su actuación también coadyuvaron a exacerbar la causa subyacente del calentamiento global, es decir, el aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero. Como consecuencia de ello, nos hallamos actualmente en una posición muy difícil y sutilmente irónica. Por culpa de todas esas décadas de emisiones a ultranza en el preciso momento en que se suponía que más debíamos rebajarlas, las cosas que debemos hacer ahora para evitar un calentamiento catastrófico no solamente entran en conflicto con la particular vena de capitalismo desregulado que triunfó en la década de 1980, sino que se contradicen también con el imperativo fundamental que subyace a la base misma de nuestro modelo económico: crecer o morir. Hemos dejado que se acumulara tanto carbono en la atmósfera a lo largo de las dos últimas décadas que la única esperanza que nos queda ahora de mantener el calentamiento por debajo de ese objetivo

internacionalmente acordado de los 2 °C adicionales reside en que los países ricos recorten sus emisiones en torno a un 8-10% anual. Esa es una misión sencillamente imposible para el mercado «libre».

Nuestros sistemas económico y planetario están actualmente en guerra. O, para ser más precisos, nuestra economía está en guerra con múltiples formas de vida sobre la Tierra, incluida la humana.

Tenemos ante nosotros una dura elección: permitir que las alteraciones del clima lo cambien todo en nuestro mundo o modificar la práctica totalidad de nuestra economía para conjurar ese escenario. Pero hay que ser muy claros al respecto: por culpa de todas esas décadas de negociación colectiva transcurridas, ya no nos queda ninguna opción gradual o gradualista viable.

La del cambio climático es una batalla entre el capitalismo y el planeta. Una batalla que ya se está librando y, ahora mismo, el capitalismo la está ganando con holgura. La gana cada vez que se usa la necesidad de crecimiento económico como excusa para aplazar una vez más la muy necesaria acción contra el cambio climático, o para romper los compromisos de reducción de emisiones que ya se habían alcanzado.

El desafío no pasa simplemente por reconocer que necesitamos gastar mucho dinero y cambiar numerosas políticas, sino por convencernos de que tenemos que pensar de manera distinta (radicalmente distinta) para que todos esos cambios sean posibles, siquiera remotamente. La competencia salvaje entre naciones ha provocado un estancamiento durante décadas en las negociaciones de las Naciones Unidas sobre el clima. Para que algo de todo esto cambie, es preciso que arraigue y adquiera protagonismo una visión del mundo que no vea en la naturaleza, en las otras naciones o en nuestros vecinos a unos adversarios, sino más bien a unos socios colaboradores en un formidable proyecto de reinversión mutua.

Según el economista en jefe de la AIE, Fatih Birol, «la puerta para limitar el calentamiento a solo 2 °C está a punto de cerrarse. En 2017, se habrá cerrado para siempre». Hemos alcanzado la «década cero» de la crisis climática: o cambiamos ahora, o perderemos nuestra oportunidad. Tras décadas perdidas, se nos acaba el tiempo para dar la vuelta a la situación. ¿Es posible? Desde luego. ¿Es posible sin poner en entredicho la lógica fundamental del capitalismo desregulado? Desde luego que no.

No solo se trata de desarrollar tecnologías bajas en carbono; es indispensable no pasar por alto la necesidad de crear el contexto social y político en el que esas transformaciones tecnológicas pueden tener alguna probabilidad de reemplazar a un *statu quo* que continúa siendo demasiado rentable.

Nuestro problema tiene mucho menos que ver con la mecánica de la energía solar que con la política del poder humano y, más concretamente, con si puede haber variaciones en quién lo ejerce; variaciones que alejen ese poder de los intereses del gran capital y lo acerquen a las comunidades humanas, lo que, a su vez, depende de que el inmenso número de personas desfavorecidas por el sistema actual puedan construir una fuerza social suficientemente decidida y diversa como para cambiar el equilibrio de poder. Esa variación nos obligará a replantearnos la naturaleza misma del poder de la humanidad: nuestro derecho a extraer más y más sin afrontar las consecuencias, nuestra capacidad para plegar sistemas naturales complejos a nuestra voluntad. Ese cambio implica un desafío no ya al capitalismo, sino también a los cimientos mismos del materialismo que precedió al capitalismo moderno.

El cambio climático no es un «problema» o una «cuestión» que añadir a la lista de cosas de las que nos hemos de preocupar. Es la alarma que nos despierta a la realidad de nuestro tiempo, es un poderoso mensaje —expresado en el lenguaje de los incendios, las inundaciones, las sequías y las extinciones de especies— que nos dice que necesitamos un modelo económico totalmente nuevo y una manera igualmente novedosa de compartir este planeta. Nos dice, en suma, que necesitamos evolucionar.

Al no librar esas grandes batallas por el cambio de nuestro rumbo ideológico y del equilibrio del poder en nuestras sociedades, se ha ido formando lentamente un contexto en el que toda respuesta vigorosa al cambio climático se nos antoja políticamente imposible, sobre todo, durante tiempos de crisis económica.

Este libro propone pensar a lo grande, apuntar lejos y distanciar nuestro eje ideológico del sofocante fundamentalismo del mercado que se ha convertido en el mayor enemigo de la salud planetaria. Si podemos modificar el contexto cultural, aunque solo sea un poco, habrá algo de margen para esas otras políticas reformistas sensatas que, cuando menos, contribuirán a que las cifras de carbono atmosférico comiencen a evolucionar en la dirección correcta.

¿Qué deberíamos hacer con un miedo como el que nos provoca el hecho de vivir en un planeta que se muere, que se va haciendo menos vivo a cada día que pasa? En primer lugar, aceptar que el temor no se va a ir sin más y que es una respuesta perfectamente racional a la insoportable realidad de vivir en un mundo agonizante, un mundo que muchos de nosotros estamos contribuyendo a matar al practicar actividades y costumbres tan nuestras como hacer el té, ir en coche a hacer la compra diaria y, sí, reconozcámoslo, tener hijos. A continuación, aprovecharlo. El miedo es una respuesta de supervivencia. El miedo nos impulsa a correr, a saltar; el miedo puede hacernos actuar como si fuéramos sobrehumanos. Pero tiene que haber un sitio *hacia el que* correr. Si no, el miedo solamente es paralizante. Así que el truco de verdad, la única esperanza, es dejar que el horror que nos produce la imagen de un futuro inhabitable se equilibre y se alivie con la perspectiva de construir algo mucho mejor que cualquiera de los escenarios que muchos de nosotros nos habíamos atrevido a imaginar hasta ahora.

Sí, perderemos algunas cosas, y algunos de nosotros tendremos que renunciar a ciertos lujos. Industrias enteras desaparecerán. Y ya es demasiado tarde para intentar evitar la llegada del cambio climático: está aquí, junto a nosotros, y nos encaminamos hacia desastres crecientemente brutales, hagamos lo que hagamos. Pero no es demasiado tarde aún para conjurar lo peor y queda tiempo todavía para que cambiemos a fin de que seamos mucho menos brutales los unos para con los otros cuando esos desastres nos azoten.

Porque si alguna ventaja tiene una crisis así de grande y generalizada es que lo cambia todo. Cambia lo que podemos hacer, lo que podemos esperar, lo que podemos exigirnos de nosotros mismos y de nuestros líderes. Significa que muchas de las cosas que nos han dicho que eran inevitables simplemente no lo son. Y significa que muchas de las cosas que nos han dicho que eran imposibles tienen que empezar a ser realidad desde ya.

El poder revolucionario del cambio climático

Actualmente, más del 75% de estadounidenses que se identifican como demócratas o «liberales» (de izquierda) cree que los seres humanos estamos cambiando el clima, un porcentaje que, pese a las lógicas fluctuaciones interanuales, solo se ha incrementado ligeramente desde 2001. En marcado contraste, los republicanos han optado en su inmensa mayoría por rechazar el consenso científico. En algunas regiones del país, solo un 20% de quienes se declaran republicanos acepta las pruebas de la ciencia. Esta brecha política también existe en Canadá.

Los investigadores de Yale explican que la inmensa mayoría de las personas con cosmovisiones «igualitaristas» y «comunalaristas» intensas (es decir, caracterizadas por la inclinación hacia la acción colectiva y la justicia social, por la preocupación por la desigualdad, y por la suspicacia ante el poder de la gran empresa privada) aceptan el consenso científico sobre el cambio climático. Por el contrario, la gran mayoría de quienes tienen visiones del mundo intensamente «jerárquicas» e «individualistas» (marcadas por la oposición a la ayuda del Estado a las personas pobres y a las minorías, por un apoyo fuerte a la empresa privada y por el convencimiento de que todos tenemos más o menos lo que nos merecemos) rechazan ese mismo consenso científico.

Dan Kahan, el principal autor de este estudio, atribuye la estrecha correlación entre cosmovisión y aceptación del consenso científico sobre el clima a un factor que él llama «cognición cultural»: el proceso mediante el que todos nosotros —con independencia de nuestras inclinaciones políticas— filtramos la información nueva protegiendo nuestra «visión preferida de la sociedad buena».

El movimiento de negación del cambio climático, lejos de ser una convergencia orgánica de científicos «escépticos», es exclusivamente hijo de una red ideológica. Nada menos que el 72% de los libros negacionistas climáticos están vinculados a laboratorios de ideas de derecha.

Para los negacionistas, el cambio climático es una amenaza, pero de distinta naturaleza. Saben muy bien que la nuestra es una economía global creada por (y totalmente dependiente de) el consumo de combustibles fósiles y que una dependencia tan fundamental como esa no puede cambiarse con unos pocos y blandos mecanismos de mercado. Semejante transformación requiere de intervenciones reforzadas y contundentes: prohibiciones generales de las actividades contaminantes, fuertes subvenciones a las alternativas verdes, penalizaciones muy gravosas de las infracciones, nuevos impuestos, nuevos programas de obras públicas, «desprivatizaciones»... La lista de atentados a los fundamentos ideológicos de esas personas y organizaciones es interminable. Se trata, en definitiva, de todo aquello que esos laboratorios de ideas —que siempre han sido portavoces públicos de unos intereses empresariales mucho más poderosos— se han dedicado afanosamente a atacar durante décadas.

No hay que olvidar tampoco el tema de la «equidad global», que surge una y otra vez en las negociaciones sobre el clima. El debate sobre la equidad está basado en el sencillo hecho de que el calentamiento global ha sido causado por la acumulación de gases de efecto invernadero en la atmósfera a lo largo de dos siglos. Eso significa que los países que iniciaron la industrialización con mucho adelanto sobre los demás han producido considerablemente más emisiones de esa clase. Pero muchos de los países que han emitido menos hasta el momento están viéndose afectados antes (y más) que todos los demás por los efectos del cambio climático por culpa tanto de su mala suerte en cuanto a su situación geográfica como de las vulnerabilidades particulares que resultan de la pobreza. Para abordar esa inequidad estructural con la suficiente eficacia, emisores tempranos como han sido los países de América del Norte y Europa tendrán que asumir inicialmente una mayor parte de la carga de la lucha contra el cambio climático. Y eso implicará evidentemente unas transferencias sustanciales de

recursos y de tecnología para la ayuda en la batalla contra la pobreza mediante el uso de instrumentos bajos en carbono. Y es esa forma de redistribución de la riqueza la que los negacionistas consideran el más terrible de los crímenes intelectuales.

Eso es lo que subyace al brusco aumento del negacionismo climático entre los conservadores a ultranza. Han entendido que, si admitieran que el cambio climático es real, perderían la batalla ideológica central de nuestro tiempo, es decir, la que se libra en torno a si necesitamos planificar y administrar nuestras sociedades para que estas reflejen nuestros propios objetivos y valores, o si podemos dejar esa labor al albur de la «magia» del mercado.

El cambio climático hace saltar por los aires el andamiaje ideológico que sostiene al conservadurismo contemporáneo. Un sistema de creencias que vilipendia la acción colectiva y declara la guerra contra toda regulación de la actividad empresarial y contra todo lo público es irreconciliable con un problema que exige precisamente una decidida acción colectiva a una escala sin precedentes y una contención drástica de las fuerzas del mercado, que son las principales responsables de la creación y el ahondamiento de la crisis.

Muchos negacionistas reconocen con toda franqueza que su desconfianza ante las tesis científicas sobre el tema creció a partir de un temor muy profundo a las catastróficas implicaciones políticas que tendría para ellos el hecho de que el cambio climático fuese real. Muchos de ellos afirman que se implicaron en las cuestiones relacionadas con el clima no porque hallaran deficiencias en los datos presentados por la comunidad científica, sino más bien porque les alarmaban las implicaciones económicas y políticas de esos datos, y se propusieron refutarlos. Quienes niegan el cambio climático niegan la realidad porque las implicaciones de esta son, en resumidas cuentas, inconcebibles para ellos.

Los negacionistas están haciendo algo más que proteger sus cosmovisiones personales: están protegiendo poderosos intereses políticos y económicos. Un reportaje de febrero de 2013 en el diario *The Guardian* revelaba que, entre 2002 y 2010, una red de multimillonarios estadounidenses anónimos había donado cerca de 120.000 millones a «organizaciones dedicadas a arrojar dudas sobre las bases científicas del cambio climático».

Uno de los hallazgos más interesantes de los múltiples estudios recientes de las percepciones sobre el clima es la conexión clara que existe entre la negativa a aceptar la base científica del cambio climático, por un lado, y el disfrute de privilegios sociales y económicos, por el otro. Los negadores del cambio climático no son solo conservadores, sino que, en su inmensa mayoría, son también blancos y varones, y ese es un grupo social con ingresos superiores a la media.

A todos los negacionistas les resulta muy sencillo ser insensibles a los peligros y catástrofes que amenazan a los habitantes de los países más vulnerables porque están firmemente convencidos de que, si sus suposiciones acerca de la ciencia del clima se demuestran erróneas, unos cuantos grados de calentamiento no van a ser algo de lo que las personas adineradas en las economías industrializadas tengan que preocuparse en demasía.

Y ahí es donde el cruce entre ideología extrema y negación climática adquiere tintes de verdadera peligrosidad. No se trata simplemente de que esos «tipos impasibles» nieguen los resultados de la ciencia del clima porque estos supongan una amenaza para su cosmovisión basada en la idea de

dominio. El problema de verdad es que esa visión del mundo suya (basada en la dominación) les proporciona las herramientas intelectuales necesarias para dar ya por perdidas a secciones enteras de la población humana e, incluso, para racionalizar la posibilidad de lucrarse con semejante debacle.

Reconocer la amenaza que supone este modo de pensar —que extermina la empatía y que los teóricos de la cultura califican de «jerárquico» e «individualista»— es una prioridad urgente porque el cambio climático pondrá a prueba nuestro carácter moral como pocos fenómenos lo han puesto a prueba antes en la historia. A menos que nuestra cultura experimente un viraje fundamental en cuanto a los valores por los que se rige actualmente, ¿cómo pensamos realmente que «adaptaremos» a las personas que se queden sin hogar ni trabajo por culpa de unos desastres naturales crecientemente intensos y frecuentes? ¿Cómo trataremos a los refugiados climáticos que arriben a nuestras costas en embarcaciones atravesadas por vías de agua? ¿Cómo afrontaremos el hecho de que el agua dulce y la comida se vayan haciendo cada vez más escasas? En definitiva, nuestra cultura hará aquello que ya está haciendo, solo que con mayores dosis de brutalidad y barbarie, porque para eso mismo está hecho nuestro sistema.

Y esto ilustra muy bien qué se oculta detrás de esa actitud despreocupada ante el cambio climático, tanto si esta se expresa en forma de negacionismo del desastre como si lo hace en forma de un capitalismo del desastre. Los implicados no tienen complejo alguno en participar en ese juego de elevadas apuestas porque creen que ellos y los suyos estarán protegidos de los estragos a los que se arriesgan de ese modo, por lo menos, durante una generación más.

A gran escala, muchos modelos climáticos regionales predicen actualmente que los países ricos —la mayoría de los cuales están situados en latitudes más alejadas del ecuador— podrían experimentar ciertos beneficios económicos derivados de un clima ligeramente más cálido: desde temporadas de cultivo más prolongadas hasta acceso a rutas comerciales más cortas a través del Ártico gracias al derretimiento del casquete polar. Al mismo tiempo, en esas mismas regiones, los sectores más acomodados de la población están ya buscando y encontrando modos cada vez más elaborados de protegerse de los fenómenos meteorológicos extremos que pueden producirse en el futuro.

Durante mucho tiempo, los ecologistas dijeron a propósito del cambio climático que este sería un gran factor igualador: un problema que afectaría a todos, ricos y pobres. Se suponía, pues, que nos uniría. Sin embargo, todas las señales indican que está haciendo justamente lo contrario: nos está estratificando más aún y nos está convirtiendo en una sociedad de poseedores y desposeídos, dividida entre aquellos cuya riqueza les aporta una medida no desdeñable de protección frente a la violencia meteorológica (al menos, por el momento) y aquellos abandonados a la merced de unos Estados cada vez más disfuncionales.

Es verdad que el cambio climático catastrófico inflaría el papel del Estado hasta niveles que probablemente molestarían a la mayoría de las personas sensatas, tanto de izquierdas como de derechas. Y cabe albergar ciertos temores legítimos a lo que algunos han llamado «fascismo verde»: la posibilidad de una crisis medioambiental tan severa que se convierta en un pretexto para que fuerzas autoritarias tomen el control de uno o más países en nombre del restablecimiento de cierto orden climático. Pero no es menos cierto que tampoco existe modo alguno de conseguir las reducciones de emisiones del nivel y la rapidez suficientes para evitar esos catastróficos escenarios de futuro *sin* aplicar unos niveles de intervención estatal que jamás resultarán aceptables para los ideólogos de derechas.

Un creciente corpus de estudios psicológicos y sociológicos muestran que existe una relación directa y clara entre el predominio de valores estrechamente ligados al capitalismo imperante y la presencia de opiniones y conductas antiecológicas. «Cuanto más priorizan las personas valores y objetivos como el éxito profesional, el dinero, el poder, el estatus y la imagen, más tienden a albergar actitudes negativas hacia la ecología, menos probable resulta que practiquen conductas positivas para el medio ambiente y mayor es la probabilidad de que consuman recursos naturales de un modo insostenible» (Kasser y Crompton, *Meeting Environmental Challenges: The Role of Human Identity*; 2009).

Dicho de otro modo, la cultura que se impuso finalmente en la era del gran capital y la libertad de empresa nos enfrenta con el mundo natural. Sería fácil que esto no indujera en nosotros más que una honda desesperanza. Pero si hay un motivo para la existencia de los movimientos sociales, es precisamente la negativa a aceptar los valores dominantes como algo fijado e inamovible, la disposición a ofrecer otros estilos de vida, y la resolución de librar (y ganar) una batalla entre cosmovisiones culturales. Eso supone plantear una visión del mundo que encuentra un eco favorable entre la mayoría de la población humana mundial porque es cierta: la visión de que no estamos separados de la naturaleza, sino que formamos parte de ella; la visión de que actuar colectivamente en pos de un bien superior no es ningún comportamiento sospechoso, y de que tales proyectos comunes de ayuda mutua son los que históricamente han permitido materializar los mayores logros de nuestra especie; la visión de que la codicia debe ser controlada y atemperada mediante la norma y el ejemplo; la visión de que es intolerable que la pobreza de muchos conviva con la abundancia de unos pocos.

También significa defender aquellos sectores y partes de nuestras sociedades que ya expresan tales valores al margen del capitalismo, y trazar continuamente nexos de unión entre esas luchas aparentemente dispares.

Como ya se mencionó, la razón real por la que no estamos reaccionando a la altura de lo que exige el momento climático actual es que las acciones requeridas para ello ponen directamente en cuestión nuestro paradigma económico dominante (el que conforma el capitalismo desregulado combinado con la austeridad en el sector público), los relatos sobre los que se fundamentan las culturas occidentales (que vienen a decir que nosotros estamos separados de la naturaleza y somos capaces de burlar los límites que esta nos impone) y muchas de las actividades que dan forma a nuestras identidades y definen nuestras comunidades (ir de compras, vivir en el espacio virtual, seguir comprando). También auguran la extinción de la industria más rica y poderosa que jamás se haya conocido en el mundo: la del petróleo y el gas, que en modo alguno podrá pervivir en nada que se parezca a su forma actual si los seres humanos de verdad queremos evitar nuestra propia extinción. En definitiva, no hemos respondido al desafío que nos plantea el momento actual, porque estamos maniatados política, física y culturalmente. Solo cuando identifiquemos bien las cadenas que nos inmovilizan, tendremos alguna oportunidad de liberarnos de ellas.

El primer paso para imaginar de nuevo un mundo que ha tomado un derrotero terriblemente equivocado pasa por detener la aniquilación de aquellos que tienen una imaginación distinta: una imaginación situada fuera tanto del capitalismo como del comunismo. Una imaginación que maneja una concepción de la felicidad y la realización personal completamente diferente. Para conquistar ese espacio filosófico, es necesario conceder espacio físico a la supervivencia de aquellos que pueden parecerse a custodios de nuestro pasado, pero que bien podrían ser en realidad los guías de nuestro futuro.

Arundhati Roy, 2010

Nosotros, como nación, debemos llevar a cabo una revolución radical de los valores. Debemos iniciar rápidamente un cambio para dejar de ser una «sociedad orientada a las cosas» y convertirnos en una «sociedad orientada a las personas». Mientras las máquinas y las computadoras, el ánimo de lucro y los derechos de propiedad sean para nosotros más importantes que las personas, nos resultará imposible vencer al formidable trío que forman el racismo, el materialismo extremo y el militarismo.

Martin Luther King Jr., «Beyond Vietnam», 1967

El capitalismo global ha hecho que la consunción de recursos sea tan rápida, fácil y libre de obstáculos que, como consecuencia, los «sistemas tierra-humanos» se están volviendo peligrosamente inestables. Sin embargo, existe una dinámica que ofrece cierto resquicio a la esperanza: «resistencia», y es la que es propia de aquellos movimientos de «personas o grupos de personas» que «adoptan un conjunto de dinámicas que no encajan dentro de la cultura capitalista». Se trata de «la acción ecologista directa, la resistencia emprendida desde fuera de la cultura dominante, como la que se traduce en manifestaciones, bloqueos y actos de sabotaje organizados por pueblos indígenas, obreros, anarquistas y otros grupos de activistas». Esos levantamientos populares masivos —que siguen líneas parecidas a las que marcaron en su momento el movimiento abolicionista y el movimiento de defensa de los derechos civiles— representan la fuente de «fricción» que más probabilidades tiene de frenar un poco una maquinaria económica que, con su acusada aceleración actual, amenaza con descontrolarse por completo. Dicho de otro modo, a estas alturas, solo los movimientos sociales de masas pueden salvarnos.

El libro examina movimientos como las avanzadillas locales de Blockadia —que no cesan de multiplicarse—, el movimiento por la desinversión en combustibles fósiles y por la reinversión en alternativas, las normativas locales que cierran el paso a la extracción de alto riesgo, las audaces denuncias e impugnaciones judiciales impulsadas por grupos indígenas y otras organizaciones que son manifestaciones iniciales de esa resistencia. Y no solo han localizado varios cuellos de botella sobre los que actuar para ralentizar los planes de expansión de las compañías productoras de combustibles fósiles, sino que, con las alternativas económicas que estos movimientos proponen y construyen, están trazando hojas de ruta que se pueden seguir para vivir dentro de los límites planetarios, hojas de ruta basadas en intrincadas relaciones recíprocas y no en la extracción pura y dura.

El periodista y presentador Chris Hayes, en un galardonado ensayo de 2014 titulado «El nuevo abolicionismo», apuntaba que «el movimiento por la justicia climática está reivindicando actualmente que se obligue a renunciar a una fuente de ingresos y de patrimonio de billones de dólares a todo un conjunto de sectores políticos y económicos interesados en mantenerla». Su conclusión era que «es imposible señalar ningún precedente histórico de algo así salvo el de la abolición» de la esclavitud.

Nuestros más heroicos movimientos por la justicia social vencieron en el frente legal pero sufrieron grandes derrotas en el económico, y ese es precisamente el motivo por el que nuestro mundo sigue siendo tan fundamentalmente desigual e injusto. Esas derrotas han dejado tras de sí un legado de discriminación continuada, dobles raseros y pobreza arraigada. El cambio climático no pide a gritos un movimiento nuevo y reluciente que triunfe por arte de magia allí donde otros fracasaron. Todo lo contrario. Por el mero hecho de ser la crisis de más amplias implicaciones generada por la cosmovisión extractivista, una crisis que sitúa a la humanidad ante un plazo límite firme e inflexible, el cambio climático puede constituir la fuerza —el gran empujón, por así decirlo— que reúna a todos esos movimientos que se mantienen actualmente con vida. El cambio climático es nuestra oportunidad de terminar el proceso inacabado de la liberación.

Para ganar se necesitará sin duda la convergencia de diversos sectores de interés a una escala desconocida hasta ahora. Porque, aunque no exista ninguna analogía histórica perfecta con la que comparar el desafío que representa el cambio climático, sí hay lecciones que se pueden aprender de los movimientos transformadores del pasado. Una de ellas es que, cuando se producen grandes variaciones en el equilibrio de poder económico, son siempre el resultado de unos niveles extraordinarios de movilización social. En tales coyunturas, el activismo pasa a ser algo más que la acción de una pequeña tribu dentro de una cultura para convertirse en una actividad perfectamente normal a lo largo y ancho de la sociedad, ejercida desde todo tipo de colectivos. Durante momentos históricos extraordinarios, las categorías que habitualmente separan a los «activistas» de la «gente corriente» dejaron de tener sentido porque el proyecto de cambio de la sociedad arraigó en el proyecto mismo de la vida cotidiana. Los activistas eran, por así decirlo, todos y cada uno de los ciudadanos.

Debemos recordar que la mayor barrera para que la humanidad esté a la altura del reto que plantea la crisis climática actual no estriba en que sea ya demasiado tarde para ello ni en que no sepamos qué hacer para afrontarlo. Queda el tiempo justamente suficiente y andamos sobrados de planes y tecnologías verdes. Sin embargo, tememos que nuestra clase política sea absolutamente incapaz de aprovechar esas herramientas e implantar esos planes, porque para ello tendría que desaprender los postulados básicos de la asfixiante ideología del libre mercado que ha presidido todos y cada uno de los pasos de su ascenso al poder. Esto explica por qué no habrá ningún intento de hacer frente al desafío climático que fructifique si no se entiende como parte de una batalla mucho más amplia entre cosmovisiones enfrentadas, como algo enmarcado en un proceso de reconstrucción y reinención de la idea misma de lo colectivo, lo comunitario, lo comunal, lo civil y lo cívico tras tantas décadas de ataques y abandono. Porque lo que verdaderamente nos sobrecoge del reto climático son las muchas reglas que exige que rompamos a la vez, reglas inscritas en las legislaciones nacionales y los acuerdos comerciales, pero también poderosas normas no escritas que vienen a decirnos que ningún gobierno puede decidirse a aumentar impuestos sin que ello le cueste el poder, ni puede negarse a una gran inversión (por perjudicial que esta pueda ser), ni puede hacer planes para ir contrayendo gradualmente aquellas partes de nuestras economías que nos ponen a todos en peligro.

Pero todas y cada una de esas reglas surgieron de la misma y coherente cosmovisión. Si deslegitimamos esa visión del mundo, todas las reglas en ella contenidas se debilitarán y serán más vulnerables. Esta es otra lección que cabe extraer de la historia de los movimientos sociales: cuando

llega un cambio fundamental, generalmente no es en forma de un goteo legislativo distribuido regularmente a lo largo de décadas, sino en brotes espasmódicos de febril actividad legislativa, en los que los avances en ese terreno se suceden rápidamente unos a otros.

Pues, bien, ¿cómo se cambia una cosmovisión, una ideología que no se cuestiona? En parte, eligiendo correctamente las batallas políticas iniciales: luchando en aquellas que no aspiran simplemente a cambiar leyes, sino también a modificar pautas de pensamiento. De hecho, gran parte del trabajo que se necesita invertir para obrar cualquier cambio social profundo consiste en mantener debates durante los que puedan explicarse y hacerse públicos nuevos relatos que reemplacen a los que nos han fallado hasta ese momento. Porque si queremos tener la más mínima esperanza de que nuestra civilización dé el salto que las circunstancias nos exigen que demos durante esta fatídica década, tendremos que comenzar a creer de nuevo que los seres humanos no somos irremediabilmente egoístas y codiciosos.

La tarea consiste fundamentalmente en articular, no solo un conjunto alternativo de propuestas políticas, sino una visión alternativa del mundo que rivalice con la que late en el corazón mismo de la crisis ecológica: una cosmovisión fundada en la interdependencia antes que en el hiperindividualismo, en la reciprocidad antes que en la dominación, y en la cooperación antes que en la jerarquización. Todo esto es necesario, no ya para crear un contexto político propicio a la reducción extraordinaria de los niveles de emisiones, sino también porque nos ayudará a afrontar aquellos desastres que ya no podremos evitar. Porque en el cálido y tormentoso futuro que hemos convertido en inevitable con nuestras emisiones pasadas, la fe inquebrantable en la igualdad de derechos de todas las personas y la capacidad para la compasión más profunda serán los únicos baluartes que se interpondrán entre la civilización y la barbarie.

Esta misma comprensión de la necesidad de afirmar el valor intrínseco de la vida es un elemento central de todas las grandes victorias del progresismo. Aunque todos esos movimientos sin excepción incluyeron argumentos económicos dentro de su defensa general de la justicia, no vencieron porque pusieran un valor monetario al reconocimiento de la igualdad de derechos y libertades. Vencieron porque afirmaron que esos derechos y libertades eran inconmensurablemente valiosos e inherentes a todos y cada uno de nosotros. También hoy tenemos sobrados y sólidos argumentos económicos para dejar atrás los combustibles fósiles y cada vez son más los inversores que se están dando cuenta de ello. Y eso es relevante, sin duda. Pero no ganaremos la batalla por la estabilización del clima tratando de vencerlos en su terreno y con sus argumentos.

El mundo actual no se parece mucho al de finales de la década de 1980. El cambio climático saltó a la agenda pública en un ambiente de apoteosis del liberalismo económico y de triunfalismo de quienes anunciaban el «fin de la historia»: un momento ciertamente inoportuno. Pero se ha convertido en un asunto de vida o muerte en una coyuntura histórica muy distinta. Muchas de las barreras que paralizaron entonces una respuesta seria a la crisis están hoy sensiblemente desgastadas. La ideología del libre mercado ha quedado desacreditada tras décadas de desigualdad y corrupción crecientes, que le han restado buena parte de su anterior poder persuasivo (aunque no de su poder político y económico). Y las diversas formas de pensamiento mágico en las que tantas (y muy preciosas) energías se habían malgastado —desde la fe ciega en los milagros tecnológicos hasta el culto a los multimillonarios benevolentes— también están perdiendo su anterior influjo con bastante rapidez. Poco a poco, somos muchos los que vamos cayendo en la cuenta de que nadie va a venir a salvarnos de esta crisis, y de que, para que se produzca algún cambio, el liderazgo tendrá que brotar desde abajo, desde las propias bases de la sociedad.

Por otro lado, también estamos significativamente menos aislados los unos de los otros de lo que estábamos incluso hace tan solo una década. Las nuevas estructuras edificadas sobre los escombros del neoliberalismo —los medios sociales, las cooperativas de trabajadores, los mercados de frutas y

hortalizas directas del productor, los bancos locales de bienes compartidos, etcétera— nos han ayudado a encontrar comunidades donde hasta hace poco no existía nada más que la fragmentación característica de la vida posmoderna. De hecho, gracias en particular a los medios sociales, muchísimos de nosotros participamos continuamente en una conversación global cacofónica que, por exasperante que pueda resultar en ocasiones, carece de precedentes comparables en cuanto a su alcance y su poder.

En vista de todos estos factores, no cabe duda de que la próxima crisis nos llevará de nuevo a las calles y a las plazas. La verdadera pregunta que cabe formularse es qué harán las fuerzas progresistas con ese momento, y con qué poder y confianza lo aprovecharán. Porque esos momentos en los que lo imposible de pronto parece posible son muy raros y preciosos. Eso significa que debemos sacarles el mayor partido posible. La próxima vez que surja uno de ellos, debe utilizarse no solo para denunciar lo mal que está el mundo y para acotar unos fugaces espacios liberados en el centro de las grandes ciudades, sino que debe ser el catalizador que facilite la reacción que nos conduzca a construir realmente el mundo en el que todos podamos estar seguros. Hay demasiado en juego —y es muy poco el tiempo que nos queda— como para que nos conformemos con menos.